

CRISTIANISMO

Prof. Jaime Moreno G.

Vamos a dividir nuestras observaciones sobre el cris
tianismo en tres puntos:

- el primero será una introducción con observaciones previas;
- el segundo tratará de tres aspectos centrales del cristianismo;
- el tercero se referirá a las relaciones entre cristianismo, his
toria y cultura.

I

Quisiéramos partir por un tipo de argumentación que puede impresionar. Suena así: "Cuando Ud. quiera hablar de cris
tianismo, o cuando Ud. quiera que alguien hable de cristianismo, llame a un no cristiano. Un cristiano está dentro del sistema y al estarlo no puede ser objetivo, no puede hablar con propiedad. Sobre todo quien ha sido educado desde niño no puede percibir las limitaciones y las aporias que puede encerrar su posición cris
tiana. Por tanto, si Ud. quiere que le hablen de cristianismo, llame a un judío, a un musulmán, llame a cualquiera que, desde
fuera, le diga cómo es el cristianismo".

No deja de haber racionalidad en todo esto.

Son interesantes las conversaciones por ejemplo con amigos judíos, sobre todo cuando poseen un bisturí intelectualmente penetrante. Ahí se plantean cuestiones que hacen reflexionar y conocer mejor la propia fe.

Sin embargo, la parte de verdad que hay en tal raciocinio debe ser calibrada desde otro punto de vista: La verdad es

siempre interior a un sistema. En general, quien está fuera del sistema no percibe el valor que tienen ciertas cosas al lado de adentro. Expliquémonos con un ejemplo: Imaginemos que uno de nosotros se ha perdido en la selva del Amazonas; se encuentra con los indios bororos que se le acercan y uno de ellos le pregunta: "¿Eres tú puma o eres lobo?". La respuesta es de vida o muerte. No se puede decir "A mi no me importa", "No lo sé". El bororo está juzgando con su visión totémica. Para él, el lobo es amigo; en cambio el otro animal no, y si Ud. pertenece al otro totem, simplemente está condenado a muerte. Ahora, esa misma pregunta, planteada en la ciudad no tiene valor, es una pregunta que no tiene respuesta porque no tiene sentido. Y, sin embargo, al interior del sistema bororo, es una pregunta vital. Fuera del sistema, no digamos ya la respuesta, pero ni siquiera la pregunta es relevante.

Entonces, aunque es cierto que desde fuera uno puede recibir ayuda para descubrir aspectos, a veces insospechados de la propia fe o religión es, sin embargo, desde dentro del sistema donde es posible establecer el valor, mayor o menor, de los componentes.

Quizás vale la pena subrayar esto en una sociedad pluralista como es la nuestra, donde es normal que haya distintas posiciones, distintos modos de pensar, cada uno con sus propios argumentos.

Ciertamente, si alguien pregunta a un amigo judío: "¿Cuál es la razón por qué afirmas esto?"... y el responde: "Porque está escrito", la validez del argumento puede no tener validez alguna para quien no pertenece al "pueblo del libro". Pero para el judío, es concluyente.

El valor probatorio de un argumento se mide en el interior de un sistema. Cada sistema tiene su verdad dentro de sí.

II

Comenzaremos describiendo el cristianismo como Fe, y cuando decimos Fe, estamos diciendo un sistema globalizador, un sistema total. No un mero sistema ritual, no un puro siste

ma de obras morales, ni siquiera un sistema místico: Es un sis tema vital, que abarca todo, omnicompreensivo.

Hablar de cristianismo es necesariamente reducirlo. Hay conceptualizaciones, reducciones doctrinales que son exactamente eso: reducciones. Cuando Ud. dice "Creo en Dios, Uno y Trino", está haciendo una reducción del cristianismo a una fórmula. Las fórmulas conceptuales son importantes pero no son el cristianismo. El cristianismo es la globalidad vital.

Por eso sentimos una cierta incomodidad, al realizar las reducciones tanto intelectuales o doctrinales, como las reducciones consistentes en la aplicación moral: No siempre la coherencia global es clara y se discute: Todos conocemos las perplejidades que ha habido en la Iglesia, -y que seguirá habiendo-, sobre alguna persona, sobre doctrinas o conductas. Incomodidades hay, justamente porque es inevitable realizar reducciones del cristianismo, y al hacerlo se produce la disonancia. ¿Cuándo se supera? Cuando se entra en la globalidad, cuando se entra en la totalidad. Y esto es complicado porque significa ser cristiano en forma integral: Es más complicado que enunciar una fórmula ortodoxa de la doctrina, de la moral o que la perfecta ejecución de un rito.

Aquí vamos a proceder a esta especie de "jibarización" intelectual. Lo haremos tocando tres aspectos, que a mi juicio, son centrales en el cristianismo.

Son los siguientes:

- a) El cristianismo es una Fe;
- b) El cristianismo es una vida comunitaria;
- c) Hay estructuras que hacen posible esta vida de la fe comunitaria.

a) El cristianismo es una Fe.

¿Qué entendemos por Fe?

Hay una visión corriente de la fe en la cual, de alguna manera, se produce una identificación entre fe y reli-

gión. Otra interpretación corriente lleva a una identificación entre fe y doctrina.

Nuestro punto de partida será distinto, más global y que, por serlo, incluye los tópicos dichos.

Comencemos diciendo que, a diferencia de otras religiones, es muy fácil definir el cristianismo. Podemos recordar lo dicho acerca del judaísmo. Allí se decía que era mucho más fácil decir lo que el judaísmo no es que lo que es. En cambio, parece sencillísimo decir lo que el cristianismo es: A mi juicio, el cristianismo es Cristo, Jesús de Nazaret.

El "ismo" de cristian-ismo quiere decir que si el cristianismo se define por Cristo, son cristianos todos aquellos que adhieren a Jesús. Es decir: básicamente el cristianismo implica una adhesión, y una adhesión personal. Nadie nace cristiano, sino que hay que hacerse cristiano. Y esto se realiza por la adhesión, la adhesión personal a Jesús de Nazaret.

Nos estamos refiriendo a la fe, a lo central de la fe, no lo situamos en un aspecto doctrinal, en un aspecto intelectual, y ni siquiera en un aspecto moral. Diríamos que tanto las formulaciones doctrinales, como los imperativos morales y éticos del cristianismo, son una consecuencia de algo que tiene una raíz mucho más profunda y que hemos querido denominar con una palabra: adhesión.

Pues bien, adherir implica varias cosas; en primer lugar, si hablamos de una adhesión personal, significa que en cristiano, la fe trata de una relación personal. Se ha tratado ya el primer tema de la religión como relación. En el cristianismo esta relación es una relación personal, de persona a persona. O sea que para ser cristiano, es necesario instaurar una relación personal con Jesús. Dicho de otra manera, se debe haber tenido alguna vez en la vida un encuentro personal con Jesús de Nazaret.

Y si quisiéramos retomar lo ya dicho sobre la religión en general, diríamos que la fe cristiana parte también de una experiencia, de la experiencia de Jesús de Nazaret.

Esta visión plantea problemas de una cierta envergadura. Se sigue de lo dicho que no es posible ser cristiano sin adherir personalmente a Jesús; no es posible adherir personalmente a Jesús sin haberse encontrado con El y no es posible haberse encontrado con El sin haber hecho la experiencia de Jesús. Porque se trata, repitámoslo una vez más, de una adhesión, de una relación de persona a persona, una relación humana en plenitud. Ahora, esta adhesión implica el encuentro. Y entonces, como en todo encuentro, a la persona encontrada se le permite o no se le permite la entrada en la propia vida.

Decimos que podemos hablar de fe cuando se deja entrar a Jesús en la propia vida. Si no hay tal entrada en la vida, no hay fe.

Si se comienza a reflexionar sobre esto, se debería concluir que la fe no es fruto de un raciocinio. Porque aquí no se trata de razonar; diríase que no hay argumentos para el inicio de la fe. Aquí se infiere una metáfora, muy usada en la Biblia, en el Antiguo Testamento, para ilustrar las relaciones entre Israel y Dios, y en el Nuevo Testamento, para las relaciones entre Jesús y la Iglesia, Jesús y el cristiano: la del matrimonio. Podríamos recorrer las etapas del matrimonio: cuando una pareja se enamora, el enamoramiento no es fruto del raciocinio. No es que una persona se encuentre con otra y diga: "Dado que fulanita es así, fulanito es así, debo enamorarme de él/ella. Por lo tanto me enamoraré". El enamoramiento, la elección que uno hace de la otra persona no es fruto de un raciocinio. Va por otro camino, va por el camino de la voluntad. Eso quiere decir que cuando se ha dejado entrar a la otra persona en la propia vida, no lo ha hecho porque esto es razonable; no lo ha hecho porque esto es conveniente, lo ha hecho "porque sí". El Evangelio de San Marcos insiste vivamente en este aspecto de la fe como opción y obediencia pura; sobre el permitir la entrada en la vida a esa persona por otro camino que no es propiamente el camino de la razón.

Cuando en la vida surge una persona en el propio horizonte vital se pueden tener distintas actitudes. En primer lugar, puede uno preguntarse por esa persona: ¿quién es? ¿cómo se llama?.... Puede uno comenzar a remontarse por su árbol genealógico, averiguar qué coeficiente intelectual tiene. En fin, se trata de conseguir información sobre la persona y así conocerla objetivamente mejor. Eventualmente, puede uno

someter a esa persona a pruebas de laboratorio; saber cómo funciona, prever sus reacciones, ponerle estímulos para averiguar lo más exactamente posible cómo manejarla.

Pero en ese caso lo que ha hecho, ha sido reducir a la persona a objeto de conocimiento: "Ahora te conozco, ahora sé quién eres: eres un objeto a quien yo conozco". Pero ésa es sólo una manera de enfrentar al otro, y de hecho muchas veces procedemos así. Pero hay momentos en que no es posible conducirse así. Hay algún momento en que aparece alguien que irrumpe en la propia vida quizás sin que ese mismo alguien se de cuenta de su propia irrupción. En tal caso, quien queda con la gran interrogante no fue ella (que a lo mejor no tuvo ni idea) sino que el que quedó sorprendido por ella. Y la pregunta de ahora no es acerca de esa persona, sino que es sobre sí mismo. "¿Será ésta mi vida? -¿Será ésta la persona de mi vida?- ¿Qué irá a pasar con mi vida?". Son preguntas sobre sí mismo. La entrada y el encuentro que ha habido no ha sido una entrada y un encuentro objetivo, con un objeto que conocer. Ha sido un encuentro que ha puesto en cuestión la propia vida.

Y la fe camina por este tipo de relación. Frente a Jesús es evidente que en algún momento se plantean aquellas preguntas, llamémoslas así, objetivas, que objetivan a Jesús, que lo hacen objeto de nuestro conocimiento. Estos problemas sobre su ser de Dios y hombre, sobre las dos naturalezas, esas fórmulas de catecismo....., ¿qué querrá decir todo ésto? Esa es la parte objetiva del asunto.

Lo que es decisivo es el otro tipo de relación en la cual no está El en cuestión sino el propio yo.

Ahora bien, si uno acepta cuestionar su vida frente a otra persona, es porque esa otra persona no le ha sido indiferente. Esa otra persona se ha abierto camino hacia tí, no por la vía de la razón, sino por la vía del amor. Por eso decíamos que es indispensable la experiencia, el encuentro personal con Jesús. Por esto mismo decimos que la fe -y cuando decimos fe entendemos ese tipo de adhesión de que hablamos- no se apoya en ratiocinios, ni es la conclusión de un silogismo. Y, por otro lado, una vez hecha la elección, tampoco habrá ratiocinio alguno que pueda conmovier esa elección.

Considero que cuando planteamos la fe en esta clave de decisión, en esta clave de adhesión y de experiencia, entonces -

ces se nos plantea otro enfoque. Y cuando alguna vez se plantea el problema objetivo, será no porque se esté abandonando la opción, sino porque en la vía del amor, alguna vez llega también la hora de la razón.

Hay que tomar en cuenta también que ésta es una fe en crecimiento. No es solamente cuestión de entusiasmo. Nuevamente, es como el enamoramiento. Sabemos que en la vida del matrimonio hay un desarrollo de lo cotidiano; algunas cosas van desapareciendo y otras van apareciendo y otras van cambiando. Una pareja después de cinco años de casado no es la misma que cuando estaba "pololeando"; y no debe serlo, a no ser que quiera quedar fija en períodos adolescentes y medio infantiles. Son etapas necesarias, pero uno no se puede quedar fijo allí. Se va cambiando y siguiendo un proceso de maduración. Lo mismo pasa con la fe.

De modo que, en primer lugar, afirmamos que el cristianismo es Cristo y que está constituido por aquellos que adhieren a El, mediante una adhesión personal que presupone la experiencia.

Fruto de este aspecto de decisión, es llenar de contenido a la religión. Entendíamos la religión como el contacto con lo otro, la relación con lo Absoluto, con lo que es absolutamente distinto.

En el cristianismo ésto adquiere caracteres específicos, porque Jesús es el Otro, es el Absolutamente Distinto. Pero también ese Otro, es exactamente uno de nosotros. Entonces aquel Absoluto, aquel Inaccesible, aquel Santo de que nos hablaban las religiones, en el cristianismo está plenificado en la persona. No hay un abismo entre Dios y el Hombre, sino que nosotros creemos que la Energía (del Dios semita) es Hombre. No hay abismo entre Dios y el Hombre, sino que Dios es uno de nosotros. Y ese Uno de nosotros, notémoslo bien, es un judío, del siglo primero, con todos los condicionamientos culturales. ¿Qué es lo que veían los contemporáneos en Jesús? Veían al hijo de María, uno más, al cual conocían muy bien. Pero en realidad no lo conocían, no sabían quién era... Entonces ese totalmente Distinto, ese Absoluto se ha hecho muy relativo, incluso en el sentido inglés de la palabra: Un pariente nuestro, uno como nosotros.

Y esto nos llevaría a pensar en otro aspecto. Desde el punto de vista estrictamente religioso de las religiones, ge

neralmente hablamos de las grandes religiones monoteistas; hablamos de la religión judía, de la cristiana y de la islámica, como de las grandes religiones monoteistas. Pero cuando nosotros decimos Dios, y el judío dice Dios, y el musulmánico dice Dios, ¿estamos diciendo la misma cosa? Cabe la duda porque, en realidad, lo típico, lo específico de la fe cristiana y de nuestro concepto religioso es un Dios hecho Hombre y al mismo tiempo un Hombre que es Dios.

He ahí entonces la primera componente del cristianismo. El cristianismo es Jesús de Nazaret, y ese Jesús de Nazaret, aquel al que adherimos y en quien confesamos la presencia de Dios, es Dios.

Confesamos que ese judío del siglo primero, que ese hombre, no la naturaleza humana abstracta, sino ese hombre concreto que pensaba así, que hablaba en tal lengua, que tenía tales arrebatos de cólera (vale la pena releer el Evangelio), confesamos que ése es Dios. Y avancemos más aún: los cristianos somos seres tan absurdos, tan contradictorios, y -si se quiere- seres tan blasfemos, que nos atrevemos a decir lo siguiente: "Ese es un Dios que fue parido, ese es un Dios que fue escupido....." Notemos bien, "un Dios que fue escupido, un Dios que fue crucificado, ¡es un Dios que murió...!". A veces vale la pena que uno comience a reflexionar acerca de lo que estamos afirmando... Para un judío ésto es blasfemia..... Y si alguien quiere racionalizarlo deberá concluir: "Esto es algo absurdo, una tontería..... ¿Cómo se les puede ocurrir tal cosa?....." Lo que decía Pablo: "Yo no predico sino a Cristo, y a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, y para los griegos, una tontería".

b) El segundo componente, que estimamos, central en la fe cristiana, es que esta Fe se da en una vida en común.

Hemos subrayado suficientemente, a nuestro juicio, el hecho de que la fe es una relación personal. Pues bien, añadimos que esta relación se vive en comunidad. Hemos hablado de una experiencia con Jesús, y una experiencia personal con Jesús de Nazaret. Decimos ahora que hay un lugar en el cual se vive esta experiencia y ese lugar no es otro que la reunión de los cristianos, la Iglesia. Los cristianos en cuanto reunidos, "la plenitud", como alguien llamaba.

¿Qué es la Iglesia?

La Iglesia, o su sinónimo la comunidad, es el lugar donde se hace la experiencia de Jesús. Dicho de otra manera, una reunión cuyo fundamento no es la experiencia de Jesús, no es Iglesia.

¿Cuál es el papel fundamental de la Iglesia? Se contesta: "ser madre de la Fe". ¿Y qué significa "ser madre de la Fe"? Significa hacer posible la experiencia de Jesús.

Y notese bien; hacer ante todo, posible la experiencia tanto para aquellos que ya han conocido como para aquellos que aún no conocen a Jesús.

La Iglesia, entonces, no es una especie de reunión de una élite de gente que, habida la experiencia de Jesús, se junta entre los pares, simplemente para comunicarse la experiencia vivida.

No, la Iglesia es el lugar, es el signo, que debe hacer posible la experiencia de Jesús para aquellos que no conocen a Jesús. La Iglesia es misionera por constitución. A la comunidad de los cristianos le corresponde ser en el mundo el instrumento que hace posible el que otros tengan esa experiencia. Entonces su lenguaje, su actitud, su estilo de vida, debe ser de tal manera, que desencadene el mecanismo comunicativo.

Ya se ha dicho en otra parte que se trata de hacer posible a otros una experiencia a partir de la experiencia propia. Un cristiano no puede simplemente tomar la experiencia que ha hecho otro, para concluir: "Así como fulano tuvo esta experiencia, así debe ser la tuya". Esto suena eminentemente a hueco. Es como si un escritor estuviera escribiendo una novela y de improviso introdujera en ella una carta real: esa carta se desvaloriza, porque donde tiene su auténtico sabor, y donde tiene verdaderamente su fuerza comunicativa, es en el entramado, en la conspiración, en la madeja de la vida cotidiana.

Entonces, si uno quiere transmitir experiencia, no le queda sino que partir de la experiencia propia. De otra manera, el recurso a la experiencia ajena se revestirá de inauténtico. Es la de otro, no la propia.

De modo que la Iglesia en cuanto reunión de gente que dio un sí, que adhirió a Jesús es la que ahora, como comu-

nidad, da un sí comunitario. Y en ese momento se desencadena un complicado proceso. Ahora que esta comunidad ha tenido la experiencia, será necesario fijar doctrinas. Ahora se hará necesario fijar normas éticas y morales. Ahora se deberá institucionalizar la vida de comunidad. Cómo van a ser los roles y la organización para tener el desenvolvimiento de la vida. Pero todo esto no tiene absolutamente ningún sentido si no se da el entramado vital. El aparataje de organización conceptual, de organización moral, este aparataje cultural, no tiene ningún sentido si no es entendido como respuesta, como espejo de la experiencia de la comunidad.

Podemos ahora profundizar en el "absurdo" de la Fe.

Nosotros decíamos hace un momento que la fe es la adhesión a Jesús. ¿Y quién es Jesús?

En la vida de Jesús tenemos que distinguir por lo menos dos épocas. La primera es la época en que Jesús nació y murió. La época de la carne de Jesús. La época del judío Jesús de que hablábamos. Pero resulta que este Jesús -aquel Dios del cual hace un momento afirmábamos aquella "blasfemia" o "necedad", de que es un Dios que nació, que padeció y que murió-, también resucitó.

Y cuando nosotros hablamos de resurrección, estamos diciendo una cosa muy especial: Se suele identificar con mucha facilidad resurrección con reanimación de un cadáver.

En qué consiste la resurrección de Jesús? Consiste en un tránsito de vida a vida, en un tránsito de una forma a otra forma.

Si quisiéramos utilizar un cierto lenguaje paulino, habría que decir lo siguiente: es un tránsito en el cual el cuerpo de carne de Jesús ha pasado a convertirse en un cuerpo de espíritu. Nosotros tenemos un marco de referencia que no es necesariamente el de nuestros padres en la fe: estamos acostumbrados a identificar el cuerpo con la carne. No es así. Hay un elemento de continuidad que une las dos etapas de la vida de Jesús, separadas por su muerte: ese es el cuerpo de Jesús. El mismo cuerpo del "antes" es el cuerpo del "ahora" de Jesús. Pero cambió la forma de ese cuerpo que "antes" era un cuerpo de carne y "ahora" es un cuerpo de espíritu. Notemos la afirmación de Pablo: "de cuerpo carnal se ha convertido en cuerpo espiritual".

Pero cuando decimos "cuerpo espiritual" no estamos hablando de algo evanescente. No hay nada en la palabra cuerpo que avale esa impresión. Es verdaderamente un cuerpo hecho de espíritu. No contraponemos cuerpo a espíritu. Nuestro cuerpo es uno que tiene en sí la semilla del espíritu medio sumergida en la carne. Está la semilla del espíritu preparada para eclosionar al cambiar la condición.

¿Y qué sucede con Jesús que cambió de condición? Justamente que las cosas que afectan al cuerpo por intermedio de la carne ya no lo afectan más: Es la carne la que se enferma, es la carne la que padece, es la carne la que muere, es la carne la que es pesada: Esto con Jesús ya no sucede. Es la carne que hace que mi cuerpo esté aquí y es la carne la que hace que mi cuerpo ya no esté aquí. Se traslada mi carne y mi carne se lleva consigo mi cuerpo, por decirlo así. ¿Qué sucede en cambio cuando en este cuerpo se despliega la vitalidad del espíritu? Resulta que el espíritu no tiene límites y entonces el cuerpo de Cristo, cuerpo real, cuerpo físico, es cuerpo de espíritu ya no sujeto al tiempo ni al lugar y puede ser contemporáneo y coextensivo con el nuestro. Y no solamente con el nuestro sino con el de cualquiera, de todos, porque este cuerpo de espíritu ya no está limitado al aquí y al ahora.

Este cuerpo espiritual de Jesús es como la fuente de energía, de poder (recordarlo el Dios semital) que está haciendo posible la aglutinación de aquellos que han tenido la experiencia de Jesús.

¿Qué constituye a la Iglesia? Lo que constituye a la Iglesia es exactamente el cuerpo espiritual de Cristo del cual los cristianos somos ahora como la visibilización, la manifestación, la epifanía.

Cuando decimos: "Creo en la Santa Iglesia Católica" , estamos declarando que creemos en Jesús, en un Jesús no lejano, sino en un Jesús que está aquí, donde están reunidos aquellos que han hecho la experiencia de Jesús.... Los cristianos son algo así como la carne actual de ese cuerpo, que en esa forma lo hacen visible y lo localizan históricamente. La Iglesia de Santiago es el cuerpo de Cristo aquí, la Iglesia de Valparaíso es el cuerpo de Cristo allí.... Como nosotros ponemos la carne de ese cuerpo, le comunicamos varias cosas de enorme riqueza: como el hacerlo palpable y visible. Pero por otra, le comunicamos también la debilidad de la carne el limitarlo, así como la carne limita al cuerpo.

Declaro una adhesión personal a Jesús: significo entonces un apego personal al cuerpo de Jesús. O sea: la lealtad, la fidelidad y la vida en Jesús, son inseparables de la lealtad y de la fidelidad al cuerpo de Jesús que realmente es la Iglesia... No se puede vivir en Jesús sin vivir en la Iglesia; y si se vive en Jesús es porque se vive en la Iglesia.

Afirmábamos que esto es posible porque el cuerpo de Jesús es un cuerpo de espíritu, un cuerpo de vida. Eso quiere decir que la carne de los cristianos -que hace presente a Jesús en determinado lugar y en determinado tiempo- lleva el espíritu de Jesús. De modo que lo que impulsa a la Iglesia, lo que impulsa a la comunidad, es el espíritu vital de Jesús, el espíritu de la resurrección de Jesús.

De acuerdo con lo dicho anteriormente, resulta entonces que la fe desborda el marco de la pura religión sin anularla, por supuesto.

c) Hasta el momento hemos hablado de la fe y de la vida en comunidad. Nos corresponde ahora referirnos a las estructuras de la Iglesia. Entendemos por tales aquellos elementos que, por un lado, sostienen la trabazón del organismo y que, por el otro, junto con mantenerlo en su identidad, le permiten el crecimiento.

Podríamos compararlos con nuestro esqueleto que nos sostiene erguidos y, a la vez, hace posible que crezcamos conservando nuestra identidad.

¿Cuáles son estas estructuras? Podríamos enumerar tres subsistemas estructurales: El rito, la Biblia, la Jerarquía. Aquí podremos detenernos sólo sobre el primero de ellos: el rito.

La estructura ritual abarca todo lo que es la celebración. Interesa por sobre todo captar la fisonomía propia del rito cristiano. Todas las religiones tienen un rito. Mas, ¿qué pasa con el rito de esta Fe cristiana...? Lo que pretende básicamente, el rito cristiano es conseguir momentos fuertes, momentos privilegiados a los cuales se haga la epifanía de Jesús, la manifestación de Jesús. El término epifanía significa manifestación; acción de mostrarse.... Todo el aspecto ritual de la Iglesia apunta exactamente a esto: a la manifestación de Jesús a su Iglesia para los que están fuera de su Iglesia, que todo el aspecto ritual de la Iglesia no se agota simplemente en un ciclo de mera autoalimentación. Tiene, por supuesto, una función de pro-

pia realimentación, pero no para ella misma, sino que para el mundo.

¿Qué es lo que sucede, entonces, en esta clase de ritos? En esa acción puntual, el cuerpo de Cristo, que estaba oculto, se patentiza, se manifiesta.... ¿Y en qué forma se manifiesta? Se hace patente dentro de aquella dinámica del símbolo ya descrito en otro lugar: ese cuerpo espiritual constituye para los cristianos, aquello que llamábamos lo inenarrable de la religión. No se puede representar. En realidad, habría que decir la única representación válida de este cuerpo de Jesús, la única epifanía que es plenamente valedera, es la que está constituida por la Iglesia misma, por los propios cristianos. Es la comunidad cristiana la que hace presente y visible a este cuerpo de Jesús.

Ahora bien, ¿qué hace el rito? Purifica y robustece a esta carne del cuerpo espiritual de Jesús, que es la Iglesia. Va poniendo en el interior de la Iglesia aquello que el rito significa.... Expliquémonos: cuando se celebra por ejemplo, el sacramento de la Eucaristía, se está conmemorando la muerte y resurrección de Jesús. Simbólicamente, con su cuerpo y su sangre está Jesús: "Esto es mi cuerpo" y "Esto es mi sangre..." Cuando la Iglesia celebra el rito va poniendo dentro de sí un hábito de muerte, un hábito de pasión.... Y cuando un cristiano comulga, está recibiendo el cuerpo y la sangre de Cristo, en hábito de pasión: Está introduciendo en sí mismo algo que clama por la pasión de Jesús, una exigencia de padecimiento.

Hay además una diferencia muy grande entre el acto corriente y el acto ritual de comer. En el comer cotidiano, la carne de un animal -después de un complejo proceso de digestión y asimilación- se transforma en carne humana.

Pues bien, en el comer ritual se ingiere el cuerpo espiritual de Jesús, pero aquí no es tanto nuestra carne quien asimila el espíritu sino que, por el contrario, ella es asimilada por esa forma espiritual. Dicho de otra manera: nosotros en nuestra carne somos llevados a la forma de Pasión, Muerte y Resurrección, simbólicamente celebrada.

Así sucede con toda la serie de ritos de la Iglesia. Vale la pena hacer notar la capacidad simbólica de las cosas. Por ejemplo, el pan es capaz de significar ciertas cosas que la piedra no puede simbolizar y vice versa. De modo que celebrar la Eucaristía no es lo mismo que bautizar; el derrame del agua bautis-

mal representa algo diferente a lo que pueden significar el pan y el vino..... Y, por último, nuestros cuerpos, pueden representar otras cosas, como no son capaces de hacerlo ni el pan, ni el vino, ni el agua, sino que solamente el cuerpo del hombre.

III

Si se define al cristianismo como fe en Jesús, resulta que ser cristiano significa adherir a Jesús. Esto trae de inmediato una consecuencia:

En la actualidad, está bien establecido que la Fe cristiana es una cosa y la cultura otra: Cualquiera cultura puede ser cristiana; un cristiano puede pertenecer a cualquier cultura. En este aspecto nos diferenciamos radicalmente del judaísmo, por ejemplo, para el cual fe judía, religión judía, pueblo judío y cultura judía son una sola cosa.

No existe ninguna limitación para ser cristiano. No es necesario pertenecer o identificarse con una cultura determinada. Esto quedó bien en claro después del Concilio Vaticano II. Antes hubo una fuerte tendencia, por lo menos entre los católicos, a considerar que para ser cristiano era necesario adherir a una forma cultural europea, latina. Lo que en ciertos aspectos se prestaba para el desarrollo de una especie de "colonización" cultural. Esto es algo superado ya.

Sin embargo, existió en el cristianismo la tendencia a identificarse con determinadas formas culturales. Ya en la Iglesia primitiva se produjo una enorme polémica al respecto. Como los primeros cristianos fueron judíos que adoptaron el cristianismo, resultó casi natural en ese medio judío exigir a todo aquel que quisiera ser cristiano, que aceptara todos los moldes culturales del judaísmo. Esto fue objeto de grandes controversias, hasta que finalmente se llegó a canonizar y a definir que lo que a nosotros nos identifica como cristianos es la adhesión al Señor Jesucristo. No obstante, en el interior de nuestra Iglesia aún subsisten movimientos que insisten en seguir vinculan

do la Fe y la forma cristiana a moldes culturales, que pueden ser muy legítimos, y lo son..... para quienes se mueven en ese mundo cultural. Mas no se puede poner ese yugo a los que viven fuera de esos marcos. Es indispensable desarrollar una tolerancia interna para moldes culturales distintos. Ningún grupo cultural o subcultural tiene por qué imponer su molde a otros, y vice versa.

Como el cristianismo es una Fe que puede encontrarse en cualquier cultura, entonces puede asumir también todas las formas religiosas válidas. Y debe asumirlas. Desde el momento en que somos hombres, la fe cristiana debería adoptar necesariamente distintas formas religiosas, distintos tipos de ritos, etc., etc. Alguno de ellos les habrían parecido inadmisibles, irrespetuosas y hasta impías al católico corriente de hace algunos lustros (y lo son aún para ciertos grupos demasiado "tradicionalistas", de criterio excesivamente estrechos). Esto es válido para variados y a veces pintorescos ritos de otros pueblos, regiones y agrupaciones culturales, como las de La Tirana (por citar un ejemplo nacional), los de ciertas culturas africanas, etc., etc. En la época actual se tiene un criterio mucho más amplio y tolerante que el de hace no muchos años atrás.

Podríanse citar ejemplos de esclerosis; de cómo la cultura va aprisionando y ciertos moldes culturales se van convirtiendo en una especie de camisa de fuerza de la fe religiosa. Lo esencial puede tomar las formas litúrgicas de cualquier parte, aún las que puedan parecernos asaz extrañas; eso no hace sino revelar la vitalidad que tiene el cristianismo.

Así como la Iglesia tiene que ser fiel a su Dios, debe guardar, de alguna manera también, fidelidad a su carne. Es decir, en este caso, también a la cultura. Porque una Iglesia que está fuera de la cultura, está siendo infiel a la carne del cuerpo de Jesús. Por lo tanto, debemos tomar sobre nosotros la carga de nuestra Cultura. No para que ésta se convierta en la camisa de fuerza de la Fe, sino para que sea la carne de ese cuerpo. Y como carne tiene que ir cambiando, ir evolucionando. Y, asimismo, va a tener que ser redimida. Todo lo cual conduce al cristianismo a adoptar una actitud serenamente crítica frente a la cultura y a sus moldes.

=====